

PALABRAS DEL EDITOR

Conforme nos adentramos en el mundo de las especialidades, nos asaltan las paradojas, de tal suerte que se suscitan urgencias de universales. Jamás, como en nuestros tiempos, ha vivido el hombre, de cara a la realidad múltiple, el imperativo de adoptar una actitud envolvente, abarcadora y comprensiva, que le permita asediar la estructura de su sistema vital, superando la esfera del análisis de lo particular, hasta lograr algo así como el milagro de la síntesis. En un mundo de especialistas se precisa, inescapablemente, de esas voluntades de horizonte abierto impulsadas por un ansia de emigración espiritual.

Evidentemente, el ser humano, en armonía con su natural gregario, se caracteriza por su capacidad de interacción. El hombre es criatura del diálogo. Sólo mediante el diálogo —compulsa de intelecto, sensibilidad, imaginación— logra el hombre comprenderse a sí mismo y comprender su mundo. El diálogo presupone y, a su vez, espolea la ampliación del horizonte espiritual, la superación de los elementales impulsos cósmicos. Diálogo es, por tanto, interacción, ejercicio inteligente de la voluntad, puente necesario para el encuentro creador del hombre con su prójimo, consigo mismo.

En la expresión de su legitimidad, toda actividad humana se nutre de diálogo. Ausencia o quebrantamiento de diálogo implica desmoronamiento de la conciencia, y, por consiguiente, anquilosamiento de la estructura social. Es menester que, entonces, comiencen a balbucir los gérmenes de una fecunda crisis que devuelva y garantice la dinámica del grupo.

La consagración al diálogo, ¿qué ha de ser sino el encendimiento perenne de la crisis, por fecunda y estremeciente, creadora? ¿Dónde sino en los pueblos que dialogan —palabras vivas, revistas, libros, periódicos— han tremolado las banderas del progreso? De cierto que ese diálogo creador, vigorizante y recreador, ha de enanchar sus ondas para repercutir más allá de nuestra social constelación y, a su vez, recoger los vivificantes latidos de otros pueblos, de tan necesarios y urgentes reclamos.

Sustancia de diálogo ha de ser, pues, el vital impulso de PLERUS: Respondiendo, en efecto, a la filosofía que la inspira, la de la captación integral de nuestro contorno, ya, desde su propio nombre, se encamina hacia ese ideal humanístico que ha sido báculo de la cultura occidental, y que, a fin de cuentas nos posibilita asertar que

palabra y acción viven en tan estrecho enlace que son equivalentes a materia y espíritu, en tanto que unidad intransgredible.

La planificación —y no es indispensable el epíteto de integral, que de suyo le pertenece—, tal como hoy día se la piensa y aplica, es disciplina esencialmente humanística. Actividad interdisciplinaria por excelencia, exige un conocimiento totalitario del hombre y su mundo, de tal modo que no le son extrañas, aún cuando esté asentada en la esfera de lo positivo, ni siquiera las más sutiles preocupaciones metafísicas. Planificar implica, desde luego, penetrar en las zonas más recónditas del espíritu para tomar posesión del hombre y proyectarlo hacia el futuro, contando con el eficiente apoyo de su dimensión de racionalidad insobornable. Ineludiblemente, ha de tomarse en cuenta que el ser, en cuanto tal, es, en gran medida, intuición, fe, imaginación, anhelo y sueño, que es decir, mucho más que razón y sensualidad, mucho más que pensar y experiencia. La función del planificador es, por tanto, sumamente ambiciosa, de tal manera que requiere el esfuerzo inteligente, continuado y conjunto, a fin de sorprender las fuentes ricas de donde brotará la felicidad del hombre en su morada terrestre.

La función planificadora, en teoría y práctica, ha de cuajarse como captación integral del

hombre y su mundo —de la realidad, en fin— como expresión unitaria y armónica. De ahí la diversidad de facetas que aborda nuestro programa de planificación y que se resume en esos cuatro amplios sectores de lo económico, urbano, regional y social, con sus correspondientes matices.

Asimismo, el diálogo ha de ser múltiple. La onda habrá de ampliarse hasta abarcar los intereses internacionales y mundiales. Y su dinámica comprenderá los esfuerzos de tantos profesionales como disciplinas sean concebibles. Administradores, científicos sociales, científicos naturales, ingenieros, arquitectos, políticos, precisan estrechar sus manos, para que tenga éxito esta empresa realmente humana.

Los trabajos que integran el presente número abordan, desde una perspectiva pedagógica, los principios que anteceden. Todos propugnan la capacitación del planificador, en términos del entrecruce de variadas disciplinas, desde las más afines hasta las aparentemente más disímiles. Así, por ejemplo, no menos se hermanan el planificador y el etnólogo que el poeta y el planificador. Que es algo semejante a decir que el planificador ha de situarse en el meollo mismo de la cultura.

Sea PLERUS el punto de encuentro y arranque, ágora en que se sienten las bases de aquel ideal humanístico del homo sum que invocaba Terencio.